

# Cuentos para leer en la casa



## El vendedor de estatuas

**P**ara llegar hasta el comedor, había que atravesar hileras de puertas que daban sobre un corredor estrechísimo y frío, con paredes recubiertas de algunas plantas verdes que encuadraban la puerta del excusado.

En el comedor había manteles muy manchados y sillas de Viena donde se habían sentado muchas mujeres y profesores gordos.

Mme. Renard, la dueña de la pensión, recorría el corredor golpeando las manos y contemplaba a los pensionistas a la hora de las comidas. Había un profesor de griego que miraba fijamente, con miedo de caerse, el centro de la mesa; había un jugador de ajedrez; un ciclista; había también un vendedor de estatuas y una comisionista de puntillas, acariciando siempre con manos de ciega las puntas del mantel. Un chico de siete años corría de mesa en mesa, hasta que se detuvo en la del vendedor de estatuas. No era un chico travieso, y sin embargo una secreta enemistad los unía. Para el vendedor de estatuas aun el beso de un chico era una travesura peligrosa; les tenía el mismo miedo que se les tiene a los payasos y a las mascaritas.

En un corralón de al lado el vendedor de estatuas tenía su taller. Grandes letras anunciaban sobre la puerta de entrada: "Octaviano Crivellini. Copias de estatuas de jardines europeos, de cementerios y de salones"; y ahí estaba un batallón de estatuas temibles para los compradores que no sabían elegir. Había mandado construir una pequeña habitación para poder

vivir confortablemente. Mientras tanto vivía en la casa de pensión de al lado y antes de dormirse les decía disimuladamente buenas noches a las estatuas.

Sentado en la mesa del comedor Octaviano Crivellini era un hombre devorado de angustias. Estaba delante de los fiambres desganado y triste, repitiendo: "No tengo que preocuparme por estas cosas", "No tengo que preocuparme por estas cosas".

El chico de siete años se alojaba detrás de la silla y con perversidad malabarista le daba pequeñas patadas invisibles, y esta escena se repetía diariamente; pero eso no era todo. Las patadas invisibles a la hora de las comidas, las hubiera podido soportar como picaduras de mosquitos de otoño, terribles y tolerables porque existe el descanso del mosquitero por la noche, las piezas sin luz y el alambre tejido en las ventanas, pero las diversas molestias que ocasionaba Tirso, el chico de siete años, eran constantes y sin descanso. No había adónde acudir para librarse de él. Debía de tener una madre anónima, un padre aterrorizado que nadie se atrevía a interpellar.

Hacía ya una semana de aquella noche en que se había escapado de la casa detrás de él. Sin duda lo había visto repartir besos con un movimiento habitual de limpieza sobre las cabezas de yeso que se movían en la noche con frialdad de estrella. Tirso se rio destempladamente y cabalgó sobre un león con melena suelta y abultada. La luna hacía de la tierra un lago relleno de sombras donde lloraban ángeles de

Silvina Ocampo

## VIENE DE LA PÁGINA 1

cementerio, alguna Venus de ojos vacíos, alguna Diana Cazadora corriendo contra el viento, algún busto de Sócrates. Octaviano, al ver a Tirso cabalgando sobre uno de sus leones preferidos, abrevió rápidamente su despedida nocturna y se fue abrumado de vergüenza y terror.

Tirso, creyendo que el vendedor inmóvil de estatuas no lo había visto, sintió que tenía un poder prodigioso de invisibilidad, y volvió a acostarse en puntas de pie con la sensación de haber presenciado un milagro. Desde ese día todas las noches lo había seguido hasta el corralón, se había familiarizado con las estatuas, con las manos y los pies de yeso guardados en los armarios, con los perros blancos. Octaviano en cambio se había distanciado de sus estatuas, las limpiaba ahora con escasas caricias delante del chico. Tirso empezó a cansarse de ese don de invisibilidad del que gozaba desde hacía poco tiempo. El jugador de ajedrez le había hablado dos o tres veces. El ciclista le había dado un caramelo. La comisionista le había probado un cuello de puntillas, confundiéndolo con una chica, un día que llevaba un delantal, pero el vendedor de estatuas no le hablaba.

Cuando terminaron de comer, Octaviano se levantó como un chico en penitencia, sin postre –él, que hubiera deseado que Tirso se quedara sin postre.

Se ató un pañuelo alrededor del pescuezo y salió como de costumbre. Tirso lo siguió. Empezaba a grabar su nombre con tiza colorada en las estatuas y Octaviano creía enloquecer de pena. Tirso lo desalojaba, le robaba su tranquilidad, lo asesinaba subterráneamente, y Tirso era incommovible e independiente como lo son raras veces los grandes criminales. Cuando volvió a acostarse, al querer cerrar la puerta de su cuarto sintió una fuerza gigante que la retenía; hizo tentativas inútiles por cerrarla, hasta que de pronto, inesperadamente, se le vino encima, aplastándole casi el brazo. Pocos minutos después la puerta volvió a abrirse. No era necesario ver quién abría la puerta con esa fuerza, no podía ser sino Tirso; y esta escena, como las otras, se repitió todas las noches.

Las primeras veces trató de juntar toda su fuerza en los ojos al clavarlos sobre Tirso, pero los ojos de Tirso eran duros como paredes metálicas. Tenía unos ojos que nunca debían de haber llorado, y solamente matándolo se lo podía quizás lastimar un poco.

En el fondo del corralón había un gran armario donde el hombre desesperado se refugió una noche. Tirso, al ver que no estaba allí el vendedor de estatuas, se fue decepcionado. Pero persistió en sus cabalgatas nocturnas. Empezó a notar que sus actos eran tan invisibles como su cuerpo: los nombres que había grabado en las estatuas, no los encontraba nunca la noche siguiente; por eso sacó su cortaplumas para grabarlos, como en los árboles, de una manera más segura.

Una noche llena de perros que ladraban a la luna, el vendedor de estatuas se retiró más temprano que de costumbre en el refugio del armario. Tirso no se resolvía a bajarse de encima del león, pero al fin empezó a trotar en círculos y semicírculos enloquecidos, arrastrando un ruido de fierros oxidados por el suelo. El vendedor de estatuas después de un rato no oyó más nada; el silencio y el bienestar habían entrado de nuevo en la noche circundante. Iba a salirse del armario cuando oyó dar a la llave dos vueltas que lo encerraban.

Quedaba poco aire respirable, quizás alcanzaría para unas horas de vida; sintió desfilar todas las estatuas que había vendido y que no había vendido a lo largo de su existencia. Un ángel de cementerio estaba cerca de él y le indicaba el camino al cielo. Llevaba un nombre grabado sobre la frente. Tuvo miedo: sacó el pañuelo y borró largamente el nombre en la oscuridad del armario donde se acababan las últimas gotas de aire y de luz que todavía le permitían vivir.

Fin

Es realmente difícil relatar con palabras la historia del pez dormido. Esto acaeció hace mucho tiempo en un lejano pueblo, infinitamente lejano del país de mi memoria. Supe de su existencia por un viejo patriarca hindú que, sentado frente a mi precario cuerpo, en un olvidado pueblo del Oriente, comenzó a relatármela de esta manera:

—«Tú sólo piensas en placeres viscerales», dijo la madre de los delfines al tiburón. Éste entornó los ojos, desperezóse, bostezó y dijo: las necesidades del espíritu están supeditadas al cuerpo, quiera que no el espíritu. Y yo, continuó el tiburón, pienso que los habitantes del mar no debemos olvidar que sin un organismo satisfecho, fisiológicamente satisfecho, jamás podremos alcanzar la plenitud espiritual... Podría contarles –prosiguió– muchas historias que confirman mi pensamiento, pero –y lanzó un largo bostezo– la fatiga, el sueño y el hambre me obnubilan...

—Yo, dijo el pez espada –era un pez muy presuntuoso que siempre hablaba en primera persona–, creo que el espíritu está total, entera y absolutamente separado de la materia... La última palabra la pronunció con énfasis. Siempre que hablaba lo hacía con un tono de superioridad, con un énfasis abrumador, con una verborrea apabullante.

Los ojos, fijos y redondos ojos, de un pulpo se quedaron en la retina de la madre de los delfines. Las algas desflecadas como banderas rotas en un combate saludaban al viento que surgía desde el fondo del mar. Las madreperlas ponían toda la atención a las palabras del pez espada. Los ojos del pulpo seguían enfocando a la madre de los delfines. Algunos peces luminosos –de esos que pueden verse en los acuarios– pasaban veloces sin hacer caso –aparentemente– de la conversación...

—Yo conozco la vida, yo conozco a los hombres, puedo hablarles del espíritu humano, de sus flaquezas, mezquindades, tragedias y virtudes; puedo hablarles del espíritu marino, del que anda por los caminos de las aguas sonando incesantemente; del que como aire musical penetra en los caracoles; del espíritu que alienta nuestro universo; del espíritu Salvador de nuestros hijos; de aquel que hoy ahuyenta al enemigo y mañana nos conduce a él; del espíritu que hizo voraz y vigoroso al hermano tiburón; que hizo feliz al caracol en su coraza; que hizo hosco, malvado e hirsuto al pulpo y lo condenó a vivir en el fondo de los mares; que animó con su bondad a las focas habitadoras del norte glacial; que hizo sensual a la sirena e imperfecto al pez espada; que iluminó con sus colores a estos pequeños hermanos que corretean como niños... Así habló la ballena, que era respetada por todos los habitantes del mar. Era una hermosa y apacible ballena blanca que miraba sobre sus oyentes con unos lentes de carey.

El tiburón sonrió con malicia. El pez espada frunció el ceño y levantó su inmenso hocico. Algunos delfines se miraban extrañados. El pulpo se aferró con sus tentáculos a una dura roca. Los caracoles dejaron escapar un fino y leve sonido y las algas desflecadas ondeaban banderas verdes.

Era un tiempo, continuó mi venturoso narrador, en que los habitantes del mar tenían una disputa universal –del universo marino– sobre las cuestiones del espíritu y la materia. Nadie, ni aun los pequeños peces luminosos, dejó de intervenir. La sirena presidía las reuniones. Se publicó una amnistía firmada por las ballenas, las sirenas y los tiburones en la cual se hacía constar que se respetaría la vida de los pequeños peces. Éstos –confiados– asistieron sin temor. Las discusiones se llevaron a feliz término. Al final de la disputa se leyó la conclusión: los habitantes del mar no habían llegado a ningún acuerdo. El tiburón siguió pensando en la necesidad de satisfacer sus necesidades estomacales; el pez espada en las emanaciones del espíritu y en un ente superior, director y constructor del universo marino; el pulpo siguió absorto en sus pensamientos con

# El pez dormido



Héctor Mujica



la pupila fija en los ojos de la madre de los delfines; el caracol siguió sonando, de noche los vientos marinos se introducían en su cuerpo como una espiral silbante; los pequeños peces siguieron desconfiando de la bondad de sus hermanos, reticentes; lo que prueba –afirmó mi bondadoso narrador– que la naturaleza marina es tan estúpida como la humana. En vista de que yo hice un gesto tratando de refutar su concepto, el viejo levantó el índice y manifestó: cálese, amigo, es usted demasiado joven... Oiga la historia del pez dormido.

Sucedió que una noche mientras discutían, un lucio llamó la atención de los asistentes sobre la figura debilucha y pálida de un pez que se había dormido durante la discusión. La sirena tocó la campanilla de orden y el pececito, sorprendido, alzó los ojos y confundido se echó a correr –a nadar– por entre las aguas oscuras. La noche era negra, espesa, densa. Los caracoles dejaban escapar su música sonora y los peces de color servían de guías luminosos a los asambleístas que habían decidido salir en busca del pequeño pez. Éste iba adelante cortando con su cuerpo la masa de agua en que se movía y como creyera que sus hermanos pensaban castigarle por haberse dormido en la parte más interesante de la discusión, decía estas palabras:

—Perdonadme, hermanos. No soy culpable de mi desgracia. Mientras dormía he soñado que estaba en un país donde todos amábamos la vida, extraño al sufrimiento. ¡Perdonadme! En mi estupor vi un cortejo de gráciles sirenas que hablaban del mar con amor, con el mismo amor que los buenos hijos hablan de sus padres. Hablaban de las ostras y una abrió un pequeño cofre del que extrajo una preciosa perla que iluminó al mar durante

“

Las sirenas enceguecieron y el mar se volvió rojo como si un denso fuego se expandiera por todas partes. La noche misma se volvió roja. ”

toda la noche. En ese bello país –¡oh bello país de mi ensueño!– los peces grandes jugaban con nosotros, y los más fuertes ayudaban a los débiles en sus faenas. Perdonadme hermanos, pero es preciso que huya, sé que me castigarán...

Una ola rumorosa llegó a oídos del pequeño pez. La ola le decía: ven hermano que no te castigaremos. Ven con nosotros y cuéntanos con calma y con reposo tu sueño. Ven. No te haremos daño. Mañana hará luna y pasearemos en tu compañía...

El pez se detuvo. El rumor de la ola –las voces de sus hermanos– le sedujo. En poco tiempo le dieron alcance. Una bella sirena posó los labios en su pequeña frente mientras lloraba. Y el llanto comenzó a brotar de sus ojos. Era feliz, como en su sueño.

A la noche siguiente, una luminosa noche de luna, el pez dormido fue a referir su historia. Pero ya nadie pensaba como la noche anterior. La ballena consideró durante sus reflexiones en el día que la indisciplina del pececito había que castigarse para evitar el relajo de la disciplina y del orden marinos. El tiburón, encendido de ira, manifestó: no podemos permitir que se violen nuestros reglamentos, nuestras leyes, nuestros códigos, nuestros estatutos; recordad el caso de mi hijo menor, quien fue destripado por haberse fugado con una sirena adolescente; recordad la historia del hermano lucio –aquí presente– a quien cortamos una aleta en castigo de su desobediencia.

Todos, todos los peces aquella noche protestaron por la conducta del pequeño pez durante la reunión. Hasta las sirenas, incluso la sirena que le había besado –aún sentía sus caricias– pedía castigo para su culpa...

El pequeño pez dijo, llorando: «Hermanos, ayer soñé con la felicidad, hoy siento la desgracia. Ayer ustedes alentarón mi fe en nuestro común y luminoso destino, hoy han tronchado mis sueños. Por lo visto está prohibido soñar...». Una lágrima gruesa salió de uno de sus ojos y atravesó el fondo del mar. «Lo que no comprendo –prosiguió– es vuestra disputa acerca de la importancia del espíritu. Habláis de ella y pretendéis castigar mi ‘culpa’. Mi culpa, mi pecado de soñar. De todos modos, ¡castigadme! No perdáis el tiempo. Ni un instante».

La luna se hizo más blanca. Diríase que un polvo blanquecino se esparcía por las aguas. La asamblea deliberó y decidió ajustar al pequeño pez. El tiburón cumplió la sentencia, como verdugo del mar. Traspasó el cuerpecito con sus inmensos dientes afilados y luego echó el cadáver al fondo del mar. Entonces de ese minúsculo cuerpo herido brotó un torrente de sangre que bañó a los lucios, tiburones, ballenas, caracoles, sirenas, peces espada, que bañó a todos los habitantes del mar. De su pequeño cuerpo salían cordones de sangre que se arrollaban en los cuerpos de sus hermanos. El tiburón sintió ahogarse. La ballena se asfixiaba. El caracol dejó de sonar. Las sirenas enceguecieron y el mar se volvió rojo como si un denso fuego se expandiera por todas partes. La noche misma se volvió roja.

—Desde entonces, me aseguró el viejo, dice la leyenda que cuando los crepúsculos parecen tocar el mar es porque los peces lloran la tragedia del pez dormido. Fin

# Leyenda china

Hermann Hesse

Esto se cuenta acerca de Meng Hsie.

**C**uando supo que últimamente los artistas jóvenes se ejercitaban en colocarse cabeza abajo, decían que para ensayar una nueva visión, inmediatamente Meng Hsie practicó también este ejercicio. Y después de probarlo un rato declaró a sus discípulos:

—Cuando me coloco cabeza abajo se me presenta el mundo bajo un aspecto nuevo y más hermoso.

Esto se comentó, y los jóvenes artistas se ufanaban no poco de que el anciano maestro hubiese respaldado así sus experimentos.

Se sabía que apenas hablaba, y que enseñaba a sus discípulos no mediante doctrinas sino con su simple presencia y su ejemplo. Por eso sus manifestaciones llamaban mucho la atención y se difundían por todas partes.

Poco después de que aquellas palabras suyas hubiesen hecho las delicias de los innovadores y sorprendido e incluso indignado a muchos de los antiguos, se supo que había hablado otra vez. Contaban que había dicho:

—Es bueno que el hombre tenga dos piernas, porque ponerse cabeza abajo no favorece la salud. Además, cuando se incorpora el que estuvo cabeza abajo el mundo se le representa doblemente más hermoso que antes.

Estas palabras del maestro escandalizaron a los jóvenes antipodistas, que se sintieron traicionados o burlados, y también a los mandarines.

—Tal día dice Meng Hsie tal cosa, y al día siguiente dice lo contrario —comentaban los mandarines—. Es imposible que ambas sean verdaderas. ¿Quién hace caso del anciano cuando le flaquea el entendimiento?

Algunos fueron a contarle al maestro lo que decían de él tanto los innovadores como los mandarines. Él se limitó a reír. Y como sus seguidores le demandaran una explicación, dijo:

—La realidad existe, pequeños míos, y ésa es incontrovertible. Verdades, en cambio, es decir, opiniones acerca de la realidad expresadas mediante palabras, hay muchas, y todas ellas son tan verdaderas como falsas. Y por mucho que insistieron, los discípulos no consiguieron sacarle una palabra más.

*Fin*

De *Cuentos Maravillosos* (1959)

